

COLOFÓN

Carlos Franco

Carlos Franco

LA INVESTIGACIÓN AGRARIA: ARGUMENTANDO UN REPROCHE

Deseo comenzar mi intervención abordando un asunto que, sospecho, sólo a mí me interesa. Me refiero a las razones que explican mi presencia en una sesión cuya temática es «la sociedad rural» y que reúne, en clara mayoría, a investigadores agrarios. Como es evidente, ni ese tema ha sido un objeto de análisis constante en mi trabajo, ni tengo el entrenamiento académico o la experiencia investigativa de los que lo han convertido en centro permanente de su interés y de sus contribuciones al conocimiento del país. Por ello, trataré de inmediato de responder a una cuestión, para mí perturbadora, pero que, bien mirada, es más bien humorística: ¿qué hago aquí?

Si esta cuestión me perturba no es porque no pueda ser respondida convencionalmente. En efecto, puedo decirme que estoy aquí porque me invitaron, con lo cual remito la responsabilidad de mi presencia en la sesión a los organizadores del seminario. O también porque, sintiéndome amigo de estos, decidí acompañarlos en la celebración del aniversario de CEPES. Como resulta comprensible, ninguna de estas respuestas, u otras similares, me tranquiliza porque, al fin y al cabo, fui yo quien aceptó venir y correr los riesgos de opinar sobre asuntos de los cuales, por las razones antes expuestas, sólo tengo ciertos conocimientos aprendidos precisamente en la lectura de los estudios de los que me escuchan, las inevitables «impresiones» surgidas del contacto intermitente con la realidad rural o algunas intuiciones o sospechas acerca de lo que en ella ocurre a partir de mi contacto con «otras realidades» u objetos de estudios. Precisamente por ello me he dicho estos días que si mi autoestima fuera mayor, debí ponerme firme cuando Fernando Eguren me invitó a participar y excusar mi inasistencia, por cierto, con razones creíbles. Aunque, ahora que lo pienso nuevamente, la explicación de mi presencia puede deberse —por las trampas del inconsciente—

a un exceso de autoestima –quién lo sabe–, lo que concluye por recordarme las desventuras personales que deparan los «déficits o excesos del ego».

Pero mi inseguridad no proviene exclusivamente de lo señalado. La genera también otro hecho, vinculado ahora con la imagen y valoración que tengo del trabajo de los investigadores agrarios. En efecto, no me cabe duda de que, en comparación con cualquier otro grupo de investigadores, los «agrarios» han producido las más numerosas contribuciones que campo alguno de estudio haya merecido en el país y que son, también, los que de modo más constante han aportado, a través de aquellos, al conocimiento que tenemos del Perú contemporáneo. Creo también evidente que ese grupo no sólo es el más numeroso sino el que, en medida mayor que cualquier otro, incluye especialistas de diversas disciplinas –antropólogos, economistas, historiadores, sociólogos, agrónomos, ecologistas, etcétera, etcétera–, situación esta que parece asegurar las condiciones no sólo para un trabajo interdisciplinario sino para un enfoque integral de cualquier materia bajo estudio. Más aún: si algún grupo en el país se está convirtiendo en una comunidad académica e investigadora, es precisamente este. En efecto, la presencia de una universidad y de una red de ONG dedicadas a la promoción e investigación agraria; la laboriosa construcción de un foro permanente, como el SEPIA; el acuerdo colectivo sobre los temas a examinar bianualmente en las sesiones de ese foro; la comunicación sistemática de sus contribuciones a través de libros o revistas especializadas, entre otros, son signos expresivos de lo que venimos de señalar. Como es fácil entender, intervenir en un campo en que nuestras competencias son limitadas y ante los que son sus especialistas, no es lo que podemos describir exactamente como una situación «psicológicamente cómoda».

Pero si lo señalado hasta aquí no fuera suficiente, me resulta aun más perturbador saber lo que quiero decir esta mañana y simultáneamente no estar seguro de la consistencia de los argumentos con que deseo comunicarlo. Trataré de explicarme. Cuando Fernando Eguren se marchó de la oficina, y mientras me asombraba de mi invicta capacidad para meterme en problemas, me asaltó una imagen en la cual me contemplaba colocando un artefacto artesanal, de baja potencia y efecto retardado, en el jardín de los agraristas.

Aunque el significado de esa imagen haría las delicias de un psicoanalista, lo que entendí es que, a través de ella, mi inconsciente trataba de articular un reproche a los investigadores agrarios. Me vi obligado por tanto, cabalgando sobre esa imagen, a preguntarme qué motivos de reproche tenía yo en relación con un grupo de investigadores cuyo trabajo estimo y qué derecho me asistía, precisamente a mí, para reprochar algo a alguien. Como no quiero extenderme en las respuestas a esas preguntas, debo concluir señalando que, como parte de mi diaria

negociación con mi «inconsciente», acepté su reclamo y decidí revestirlo de argumentos de modo de «pasarlos» como «racionales» o «conscientes». Más aún: decidí «justificarlos», es decir, buscar una forma de legitimarlos ante mí mismo y ante ustedes.

Como los argumentos que usaré de inmediato, por las razones citadas, no terminan de convencerme, solicito para su atención considerarlos como expresión de alguien que, para organizar su propia visión del país, reclama de la investigación agraria más evidencias, más hipótesis, más interpretaciones, más explicaciones, más enfoques de los ya abundantemente presentados. O acaso entender que a través de estos reproches, y más allá de su probable inconsistencia o de los desconocimientos que lo hacen posible, se intenta continuar abriendo un diálogo entre una comunidad o cuasi-comunidad de investigadores y los lectores de sus trabajos o los analistas centrados en otras temáticas. Finalmente —me digo—, conocerlos no hará daño porque todos ustedes tienen abierta la posibilidad, verificados mis desconocimientos y errores argumentales, de pasar a otra cuestión y olvidar lo escuchado.

LA ARGUMENTACIÓN DEL REPROCHE A LOS INVESTIGADORES AGRARIOS

Cuando recuerdo mis lecturas de los estudios sobre «la sociedad rural» u observo los registros bibliográficos de los mismos, me sorprende constatando un hecho que precisa explicación: el reducido número, comparativamente con las investigaciones dedicadas a otros temas, de las orientadas a vincular la «cuestión agraria» con la migración, la urbanización, las microrregiones o regiones, las organizaciones representativas, la institucionalidad y funcionamiento en el campo de los partidos, el régimen político y el Estado, el sector informal urbano, la cultura chola.

Por cierto, no estoy diciendo que esos estudios no existan. Tampoco estoy desconociendo el autocvidente valor de los trabajos publicados sobre esas materias. Lo único que constato es el menor peso relativo de estas cuestiones en la extensa y múltiple temática abordada por los investigadores de la sociedad rural. De todas maneras, sin embargo, para amenguar el probable filo crítico de dicha constatación y realizar un registro más objetivo y parsimonioso de la realidad, debería reconocer que en los últimos años las referidas temáticas crecientemente informan la bibliografía que conozco. Ello no niega, no obstante, el contenido de lo señalado pues lo que hace, más bien, es verificar el retardo con que estas cuestiones se apoderan del interés de los investigadores.

Si lo advertido es cierto y el registro de los temas abordados por una comunidad de investigadores revela la importancia que se les atribuye o la manera como se define y enfoca un objeto de análisis, entonces

un lector suspicaz como yo puede inferir o que las cuestiones antes planteadas resultan —o resultaron— menos importantes que otras, o que la manera de entender la sociedad rural por esa comunidad de investigadores no les reconoce —o no les reconoció— un lugar en sus preocupaciones equivalente al menos al reservado a otros asuntos.

Para hacer más evidente el sentido de lo que afirmaré más adelante, pienso que conviene detenerme en la aclaración de lo expresado. Lo que estoy tratando de mostrar es que los asuntos a los que se dedicó una atención comparativamente menor en la investigación agraria de las últimas décadas no se convirtieron en lo que los académicos norteamericanos denominan un *issue*, esto es, nudos problemáticos en torno de cuyo origen, evolución e impacto se nuclean de modo persistente un grupo de investigadores para contrastar sus evidencias y enfoques, construir «objetos de conocimiento y reflexión sistemática» precisados por tanto por sucesivos «estados de la cuestión» y empleables, por ello, como plataformas intelectuales para analizar, en este caso, la sociedad rural. Como es fácil entender, los temas de investigaciones dispersas se convierten en un *issue* de la comunidad de investigadores cuando adquieren la calidad de «objetos disciplinarios», es decir, componentes intrínsecos del campo de estudio de dicha comunidad. Y ello, en dos sentidos: sea por su consideración de «condicionantes externos» del desarrollo de su objeto de estudio —nuevamente en este caso, la sociedad rural—, sea como procesos inherentes y por tanto transformadores de la naturaleza misma de este.

Como se observa, lo que pretendo decir es que la mayoría de la comunidad de investigadores agrarios no hizo de la conexión de «la cuestión agraria» con los asuntos descritos (migraciones, ciudades, sector informal urbano, etcétera) el «objeto de su negocio», que es otra forma de señalar que estas conexiones no fueron definidas como «su negocio».

Pero creo de mayor importancia sugerir aquí algo mucho más —si se me permite decirlo— «perturbador» (acaso porque inconscientemente trato de «castigarlos» con la misma inseguridad que me causa estar hoy hablándoles de estos asuntos). En efecto, lo que intento sugerir es que las cuestiones a las que la investigación agraria dedicó un menor interés relativo en estos años concluyeron por transformar su objeto de estudio. En otros términos, ellas se «vengaron» de la subvaluación que recibieron de la comunidad de agraristas alterando precisamente la naturaleza de las cuestiones que más les interesaron o a las que atribuyeron mayor importancia. Y al hacerlo cambiaron no sólo su objeto disciplinario —la sociedad rural—, sino progresivamente —a juzgar por la orientación de los estudios más recientes— su propia perspectiva y modo de examinarlo. Para decirlo rápidamente y de forma un tanto elíptica: si antes los investigadores agrarios examinaban la sociedad rural para pensar la sociedad peruana, ahora piensan en esta para

examinar aquella. Si ello ha ocurrido —y eso yo no lo sé, pues sólo ustedes pueden saberlo—, entonces lo que menos relativamente les interesó en el pasado concluyó transformando en los últimos años su propia visión y posición ante la realidad. Si eso fuera cierto, se confirmaría nuevamente esa antigua lección que me recuerda que la realidad acostumbra transformarnos mucho antes que cobremos conciencia de ello.

Ahora bien: me he preguntado en estos años (aunque esas preguntas sólo se registren en ese desván de los olvidos que es, a final de cuentas, nuestro inconsciente) por qué esas cuestiones, antiguas como son (algunas de ellas tienen varias décadas) y de una tal relevancia nacional, no merecieron un trato investigativo similar al recibido por otras. Esos interrogantes son más aviesos si se recuerda que, teniendo los procesos referidos una cobertura nacional, ellos se desarrollaron, con modulaciones, relieves y densidades específicas es cierto, dentro de la misma escala de la realidad recortada por la investigación agraria y, por decirlo de algún modo, delante de la mirada de sus investigadores. Más aún: me he preguntado estos días si había en el Perú un grupo de investigadores mejor ubicados que los «agrarios» para advertir la relevancia de estos procesos y cuestiones no sólo para su campo más directo de trabajo sino para el conocimiento del país.

No podemos desconocer, en este sentido, que es en el campo donde se inicia esa formidable experiencia histórica de multitudes que es la migración y que, si algunos acordamos en que con ella se inicia una modernidad endógena y popular, entonces es en el campo y sus experiencias en que encuentra sus raíces.

Tampoco podemos desconocer que es mayoritariamente la población rural la que con su decisión de migrar funda ese masivo y extraordinario proceso de urbanización que conocimos, el que por tanto no podía ser entendido si no apelando a factores o determinantes particularmente visibles para los investigadores agrarios.

El desarrollo de ciudades intermedias contribuyó, por su parte, a crear eslabonamientos no sólo comerciales y crediticios sino, aunque en escala diferente, productivos y tecnológicos que concluyeron afectando las economías campesinas o la producción agropecuaria más allá del simple «condicionamiento por demanda». En efecto, por ser centros políticos y culturales, esas ciudades intermedias —cuya diferenciación con el campo es cada vez más difícil de percibir en el eje costero, el Valle Sagrado, el Mantaro, etcétera— ejercieron un complejo y arborescente condicionamiento sobre la estructura productiva y la población rural que sólo se revela —es cierto— cuando el marco de análisis de la cuestión agraria se libera de las determinaciones «económicas» para integrar las dimensiones culturales y políticas. Y entonces me pregunto quiénes mejor situados que los investigadores agrarios para advertirlo y convertir esas realidades urbanas en objeto de su atención.

O cómo negar que la simultánea, aunque diferenciada, recesión de la economía urbano-industrial de Lima como de las economías campesinas de las ciudades se dan la mano desde hace años, por la vía del reflujo migratorio de la capital, la emigración comunera, la huida de la violencia y hasta el narcotráfico, para densificar esas ciudades intermedias y articularlas al campo y su futuro de modos cada vez más estrechos y complejos.

Y lo mismo podemos decir de la «invasora» presencia de los micro y pequeños productores y comerciantes no sólo en Lima sino en las principales sedes urbanas de los Andes. ¿No es cierto acaso que siendo simultáneamente una extensión y una ruptura histórica de la población campesina, los orígenes, condicionamientos y características de esa experiencia debieron ser incorporados sistemáticamente en el análisis y la reflexión de la «sociedad rural»? Resulta difícil desconocer, en este sentido, que el significado de sus estrategias y lógicas productivas, comerciales o de sobrevivencia en las ciudades andinas se enraízan, en el inicio mismo de su historia, en el conjunto de roles de sus familias de origen —simultáneamente parceleras y comuneras— y en el complejo efecto en sus conciencias de las diversas actividades temporales de estas —minifundistas, asalariados de plantaciones, artesanos, obreros mineros, comerciantes de ferias, etcétera, etcétera—. No era difícil advertir, por tanto, que en esas experiencias existenciales —vividas en el campo, es decir, en el objeto mismo de la investigación agraria— se forjaba la savia cultural y acaso el último secreto de la migración, la urbanización, el empresariado popular y la «otra» modernidad, procesos todos ellos definitorios de la realidad del país en los últimos cuarenta años.

Como se comprenderá, al no integrarse esta temática en la agenda central o permanente de la investigación agraria, se desatendió el análisis de los complejos vínculos entre la «economía campesina» y la «economía informal», entre las lógicas productivas de los campesinos y los productores urbano-populares o entre los patrones que asocian a las familias parceleras con sus comunidades rurales y aquellos que unen a los micro y pequeños productores y comerciantes, como pobladores, con sus organizaciones y comunidades urbanas. De esta manera se perdió de vista, para la comunidad de investigadores agrarios, la forma de relación entre los intereses privados y familiares y los intereses comunales o asociativos que parecen ser el vector cultural subyacente más profundo de los grupos populares de raza andina o la base estratégica sustantiva de su autoubicación en el espacio y la sociedad peruana.

Por esa misma razón —creo yo— se marginó de la atención los eslabonamientos de la producción campesina y la producción de los micro y pequeños productores en las ciudades andinas, es decir, las precarias articulaciones de una naciente y por ello débil matriz insumo-

producto —reitero, andina— que si bien escondida entre los flujos convencionales de la economía urbano-industrial moderna, amenazada sistemáticamente por las orientaciones centralistas y antiagrarias del patrón de desarrollo o las recesiones impuestas por las políticas de ajuste, se dio maña para subsistir en estos años como parece evidenciarlo, en una reciente y no publicada encuesta, el peso mayor de la rama agroindustrial entre los micro y pequeños productores de ciudades andinas intermedias.

Por cierto, ello no debería sorprendernos si reparamos en el hecho de que las articulaciones de la agricultura y la industria en las matrices insumo-producto de la economía global en los años 79 y 87 sólo recientemente comenzaron a mensurarse. Y sin embargo nos sorprende porque esas vinculaciones pudieron legitimarse ante los investigadores —más allá de su precariedad— aunque no fuera sino porque: a) por su intermedio resultaba posible asomarse a los límites o posibilidades de otra estrategia de desarrollo más «autocentrada»; b) por la «circunstancia especial» de que el pequeño empresario popular andino no tiene en su mercado directo, como sus homólogos en la capital, la competencia (o la articulación) todopoderosa del sector urbano-moderno; c) por la simple curiosidad que debería despertar esa suerte de alianza invisible —impuesta por los rigores de la pobreza y la ilusión del progreso y tanto más productiva que política— entre los campesinos andinos y los productores populares urbanos; o, en fin, d) por testar la hipótesis de que la economía y las ciudades andinas sólo cumplen la función de mediación mercantil, «en la esfera de la circulación», en el modo de reproducción del capitalismo dependiente del país.

¿Y qué podemos decir del relegamiento de las cuestiones referidas a los partidos, la democracia o el Estado en los Andes? ¿No es acaso cierto que la develación de su naturaleza político-social tenía en los intereses del campesinado, la sierra y el interior, la plataforma más idónea? ¿En qué otra sede socio-espacial se podía revelar más agudamente su inadecuación institucional y funcional? ¿Qué otra realidad socio-cultural más poderosa que la andina podía servir de fundamento para su crítica más radical?

En fin, como se observará, nuestro reproche encubre o descubre, no sé bien a estas alturas, una queja que, como se hará visible más adelante, sólo en apariencia se dirige a los investigadores agrarios. Lo que estoy queriendo sugerir es que la realidad que estudian ha sido y es, probablemente, la fuente más vital de conocimientos del país y que cumple, según parece, el rol que los cuentos infantiles de los niños de las ciudades reservan a la lámpara de Aladino. Acaso entonces de lo que me quejo es de que mis amigos investigadores de la sociedad rural, para expresarlo de modo trivial, «teniéndola en las manos, no la frotaron más frecuentemente».

ACASO TODO COMENZÓ EN LOS 70

Pero si tomo en serio lo que he dicho, debo preguntarme entonces por sus causas. En definitiva, ¿qué hizo que estas cuestiones sólo tardía y minoritariamente ingresaran en las preocupaciones de los investigadores agrarios?

Mi hipótesis es que todo lo señalado hasta aquí tuvo su origen, allá en los 70, con la reforma agraria o, más bien, con su recepción o interpretación por la investigación académica. Si mis recuerdos no me engañan, los investigadores agrarios de la época comprometieron más sus energías en su crítica que en la advertencia de sus consecuencias. Y lo que creo que no advirtieron, al menos en esos años, es que al cancelarse el patrón institucional de la hacienda y liquidarse a la clase terrateniente concluyó la última resistencia en el país al desarrollo del Estado y el mercado (de las comunicaciones y la educación) como a su impronta, tan vigorosa como ambiguamente «integradora». Siendo en última instancia un sistema de encuadramiento político de hombres y espacios, la supresión de la hacienda y la clase latifundista por la vía de la reforma agraria, si no liberó, al menos autonomizó a los siervos, a las ciudades intermedias como a sus pobladores y economía, liquidando simultáneamente el control oligárquico ejercido sobre las comunidades. Si ello fue cierto, como creo que lo fue, entonces con la disolución de la hacienda y la clase latifundista se disolvió también «la sociedad rural» si por esta se entiende, si no un sistema cuasi cerrado, al menos uno que resistía o mediaba el crecimiento de la economía o la sociedad «nacionales» sea cual fuere el sentido o las evaluaciones que de ellas realizamos.

Si bien la industrialización, la migración, la urbanización y el sector informal urbano nos habían advertido, como el topo de la historia, la caducidad final de la hacienda y el latifundismo, sólo la reforma agraria nos reveló el imperio del mercado y el Estado. Pienso que si ello no se percibió en esos años, fue porque en la conciencia de los investigadores agrarios se homologó el Estado con el autoritarismo-populista y el mercado con la penetración capitalista. El Estado y el mercado, por tanto, tenían «mala prensa». Acaso por eso, se generó una resistencia subjetiva e ideológica a admitir el ingreso de estas realidades en la médula misma de «la sociedad rural». Y estas realidades, si entiendo bien, se correspondían... con los procesos y cuestiones que fueron colocados en un segundo plano de la agenda de los intereses de la investigación agraria.

Por ello, cuando los precios agrarios reemplazaron la temática de la propiedad de la tierra o cuando el mercado hizo más clara aún la disolución del supuesto aislamiento cultural o productivo de las comunidades o reveló su diferenciación social interna y su heterogeneidad de acuerdo con su lejanía o cercanía al polo urbano-moderno, los

investigadores agrarios comenzaron a reconocer, en los hechos, que la «sociedad rural» no era más una «realidad» sino más bien una imagen evocadora del pasado o una metáfora, acaso idónea, para referirse a los grupos de campesinos y agricultores envueltos en la dinámica de la economía y sociedad «nacionales».

Que ello es así parece probarlo igualmente el interés relativamente reciente en los efectos de la inflación o del comercio y las relaciones internacionales de intercambio en el agro, sólo explicables cuando la sociedad rural ha sido subsumida en la sociedad y el Estado «nacional».

Y sin embargo ese reconocimiento, aunque avanzado, aún no ha concluido, o no lo ha sido de modo definitivo en todas las dimensiones de la «cuestión agraria» como parece sugerirlo la circunstancia de que el decreciente interés por la «cultura india» no ha sido reemplazado supletoriamente por el interés en la «cultura chola» la que, según parece, no es sólo la cultura del «indio-urbano» sino también la de la familia parcelera de las comunidades una vez que el mercado o el Estado las vinculó con la sociedad global.

Pero esa resistencia subjetiva e ideológica a la reforma agraria en los 70, y con ella al imperio del mercado y el Estado en el universo rural, se alimentó también de una visión del poblador de ese universo que, por privilegiar su condición de productor o comunero, subvaluó su condición cultural de cholo (o su tránsito a esa condición); su portafolio de roles de jornalero, asalariado, artesano y comerciantes como las relaciones espaciales y sociales establecidas a través de aquellos con las ciudades y las economías urbanas; el valor de su química combinatoria de intereses privados y familiares con los comunales o asociativos; sus experiencias ciudadinas y mercantiles; su trato con el Estado y su relación con las autoridades políticas de las ciudades cercanas; en fin, su secreta aspiración de ciudadanía.

Al no advertir la complejidad de esas condiciones y la densidad de sus relaciones en la producción de sujetos *irreconocibles* en los cerrados roles de productores y comuneros, la investigación agraria mayoritariamente cedió al imperio de un marco de análisis (y de las categorías que lo expresan) centrado en «los determinismos económicos», cuya legitimidad sólo se advierte cuando se les sitúa, creo yo, en un nivel de integración o enfoque histórico-cultural.

Todo ello, ciertamente, fue cambiando en los 80. Pero ese cambio no tomó aún la forma de una reflexión colectivamente autocrítica sino más bien de una adaptación cada vez más alerta a las nuevas realidades. Por ello, las cuestiones escasamente examinadas en el pasado comenzaron a ganar el interés de los investigadores agrarios antes de hacerse fuertes, como ocurrió en los últimos años, en el contenido de sus investigaciones.

Acaso por ello, y mientras ese proceso no termine, la lectura de las

investigaciones agrarias en sus antiguos y tendenciosos lectores, como yo, seguirá generando ese ambiguo y simultáneo efecto de atracción y distanciamiento de sus contenidos.

ES HORA DE CONCLUIR

Pues bien, es hora de concluir. Y no puedo hacerlo sin revelar «el secreto» del texto. Este acaso sea mejor expresado si aceptan mi solicitud de olvidar todo lo escuchado. No sólo el texto ha sido insidioso sino básicamente injusto. Y lo ha sido porque, si me entiendo, usé la investigación y a los investigadores agrarios como sustitutos funcionales de la investigación y los investigadores sociales, esto es, de los dedicados a las cuestiones urbanas, el sector informal, los movimientos sociales, el régimen político y el Estado. Y por cierto, en primer lugar, de los economistas.

Pero, en realidad, ¿ello es cierto? No, no lo es. Tengo que admitir ahora que he usado a unos y otros para criticarme a mí mismo, esto es, para hacer, a través de otros, un ajuste de cuentas conmigo mismo, para reprocharme por inadvertir lo obvio, para relevar lo que debí hacer y no hice; para, en fin, examinar mi trabajo a la penumbra de eso que rótulos rápidos llaman «el peso de los años», «las experiencias de la vida», etcétera.

Pero permítanme, ahora sí finalmente, concluir de nuevo en la ambigüedad. Acaso todo lo dicho es, al mismo tiempo, cierto y falso. Si ha sido así es porque el «inconsciente» reveló su dominio en quien negocia diariamente con él. En efecto, ¿quién puede afirmar o negar que, sin proponérmelo, «coloqué un artefacto artesanal, de baja intensidad y efecto retardado, en el jardín de los agraristas»?